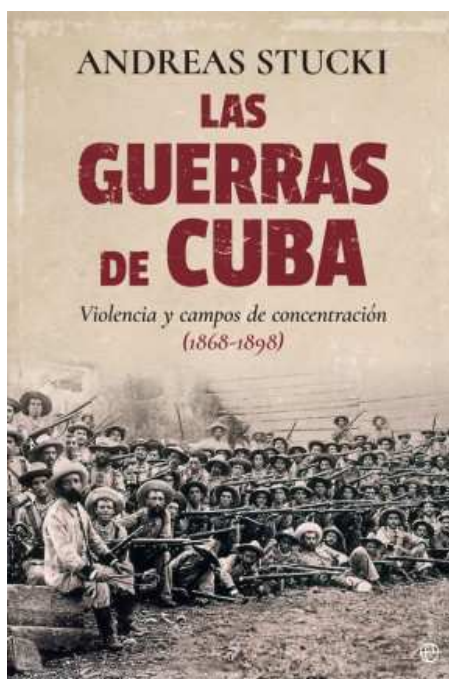


**Andreas STUCKI: *Las guerras de Cuba. Violencia y campos de concentración (1868-1898)*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2017, 437 pp., ISBN: 978-84-9060-852-4.**

Amparo Sánchez Cobos  
*Universidad Autónoma de Madrid*

### Una nueva mirada a las guerras de Cuba

Siempre son bienvenidas las traducciones de libros a otras lenguas si se trata de aportaciones relevantes. Bienvenida sea pues la traducción del texto de Andreas Stucki, originariamente publicado en alemán en 2012, que acaba de ser editado en su versión en castellano por La Esfera de los Libros. Bienvenida, en primer lugar, porque supone una nueva visión del significado de las guerras de independencia de Cuba de finales del siglo XIX que pone el punto de atención en el sufrimiento de la población civil durante la contienda. En líneas generales, el autor se propone revisar el significado de las medidas de reconcentración de la población rural en las ciudades en todas sus vertientes y significados. Y lo bueno es que no deja ningún aspecto por considerar, trascendiendo la mera estrategia militar que tendría como objetivo dejar al Ejército de Liberación de Cuba (ELC) sin apoyo estratégico.



Y bienvenida sea esta traducción también porque, con este nuevo enfoque, ayuda a relativizar ideas preconcebidas y sesgadas transmitidas por una historiografía tradicional y patriótica que había quedado muy ligada a una visión heroica y, en cierto modo maniquea, de las guerras de independencia de Cuba, y que llevó a dividir los bandos de la contienda en “víctimas cubanas” y “victimarios españoles”. Como el propio Stucki reconoce, de lo que se trata «no es de depurar responsabilidades» desvelando quién fue el culpable de la alta mortalidad y de las míseras condiciones que sufrió la población reconcentrada, si el ELC o el gobierno español —léase Weyler—, como ha sido frecuente en los debates historiográficos, lo que él pretende es «mostrar que la catástrofe social y demográfica que supuso la guerra no admite una interpretación monocasual» (p. 299). Y para ello pasa revista a los hechos ocurridos en las tres guerras de Cuba, prestándole especial atención a la secuencia cronológica que cobra extraordinaria relevancia, pues muestra acontecimientos y sobre todo consecuencias que antes pasaban desapercibidas.

Esta nueva mirada a las guerras de Cuba cuestiona igualmente otras visiones menos interesadas que habían incluido el conflicto cubano y sus medidas de reconcentración en el mismo saco de aquellos otros que han sido enmarcados en la denominada como “era de los campos”, equiparando así la reconcentración cubana con las experiencias alemanas en la

segunda guerra mundial y otras similares. Según esta historiografía, los campos de concentración del siglo XX habrían empezado precisamente con esta medida pionera en la colonia española a finales del XIX. Para el autor de *Las guerras de Cuba*, sin embargo, es la perspectiva de análisis estructural la que debe servir para analizar las estrategias puestas en marcha durante las guerras cubanas, entre ellas la de la reconcentración ordenada por Weyler en 1896. Se trata de un método relacionado con una coyuntura concreta, ya que «los campos y los poblados fortificados en los bordes de los imperios no se deben analizar solamente como parte de los “orígenes” de los campos de concentración, sino como fenómenos específicos y también como elementos de un engranaje militar estratégico» (p. 327). Es por ello que el estudio pormenorizado de los acontecimientos ofrece una perspectiva que ayuda a escapar de toda generalización apresurada.

Con ese afán pormenorizador, el libro está dividido en siete capítulos más un epílogo en los que el autor pone en juego numerosas fuentes primarias y bibliografía, así como prensa variada, de lo que trasciende un intenso trabajo de años en los archivos españoles y cubanos.

En el capítulo primero empieza tratando ya algo poco estudiado: las primeras experiencias en reconcentración de población civil durante la guerra de los Diez Años (1868-1878). De este capítulo se desprende, entre otras cosas, que, a pesar de la poca atención que ha tenido por parte de la historiografía tradicional, las primeras medidas de reconcentración se dieron en la provincia de Oriente en ese contexto, desmontando así el tópico de Weyler como iniciador de esta estrategia en la isla. Fue durante la guerra de los Diez años, como nos recuerda Stucki, cuando «el ejército español respondió con innovaciones como la tupida red de pequeñas bases tácticas de operaciones y poblados fortificados cuyo objetivo era la protección de las líneas de comunicación», las famosas “trochas” (p. 39). Y va más allá para demostrar que medidas de ese tipo fueron utilizadas en la península durante las guerras carlistas como una forma de aislar a los insurrectos de la ayuda que les podría proporcionar la población rural.

La revisión de la documentación que ha hecho el autor ha demostrado igualmente que estas medidas no tenían el consenso de toda la oficialidad militar española por la cantidad de problemas que ocasionaban, lo que es a su vez un reflejo de los numerosos cambios políticos y militares habidos tanto en la isla como en la península durante el Sexenio democrático. También vemos en el texto de Stucki cómo, años después, durante la conocida como guerra chiquita (1879-1880) el general Polavieja volvió a ordenar la reconcentración en la provincia de Oriente.

En el capítulo segundo, donde se relatan los primeros momentos de la guerra de 1895-1898, el autor es especialmente minucioso con la cronología porque es lo que le permite analizar con detenimiento la experiencia del ELC en los primeros meses de alzamiento, que ha sido denominada por la historiografía como «obra de arte de la estrategia militar cubana» y «una piedra angular de la historia militar general moderna» (p. 90). Esa “loable” estrategia dejó, según Stucki, «una senda de destrucción abierta por el ejército invasor» al pasar «por muchos de los pueblos y ciudades que poco después habrían de sufrir una extraordinaria mortandad» (p. 91). Para ilustrar estas ideas, utiliza el caso de la provincia de Matanzas, al mando del político ultraconservador español Adolfo Porset, quien relató con todo

detalle los incendios, saqueos y la posterior huida de la población civil en busca de refugio y de la protección de las autoridades españolas tras el paso del ELC (pp. 91-93).

El primer año de la guerra anticipa así, para el autor, lo que se asocia comúnmente con «la toma de posesión de Weyler en febrero de 1896: hambrunas, migraciones (forzadas) y huidas» (p. 103). De ahí la importancia del estudio de todos los hechos y de la cronología para desvelar el papel que, en la reconcentración, jugó también el ELC, aunque ésta fuera a veces espontánea.

En el capítulo tercero se entra de lleno ya en las consecuencias que tuvo la llegada de Weyler a la isla. Las medidas que dictó y su firme propósito de acabar con la insurrección «costase lo que costase», incrementaron la violencia de la guerra en gran medida. Pero, al mismo tiempo, Stucki nos introduce también en la narración de la actuación de las tropas del ELC que comandaba Antonio Maceo en la provincia de Pinar del Río durante el año 1896. Según sus palabras, «algunos autores describieron la desconcentración de los rebeldes como el antecedente inmediato del internamiento de la población rural implementado por Weyler, de manera que éste, combatiendo el “fuego con fuego”, no habría hecho más que emplear a la inversa los métodos de la “República en armas”» (p. 131). De estos hechos se desprende nuevamente que fueron ambas actuaciones, tanto la del ejército español como del cubano, las que impusieron a la guerra de 1895-1898 ese carácter especialmente cruento para la población civil.

Siguiendo la misma línea argumental, en el capítulo cuarto Stucki utiliza, de manera sistemática, todos los informes, correspondencia, bandos y otros documentos emitidos por las autoridades regionales y por la capitania general para demostrar la enorme dificultad que tuvo el gobierno colonial para abastecer a la población reconcentrada, así como al propio ejército español, de víveres y comida. Al tiempo que da cuenta de las frecuentes trabas burocráticas que estas mismas autoridades ponían para desestimar algunas de las peticiones de auxilio que llegaban desde las provincias y regiones. Todo ello le lleva de nuevo a desmentir esa otra idea, también difundida por algunos investigadores cubanos, sobre el supuesto “genocidio” premeditado que Weyler habría orquestado contra la “raza cubana” (pp. 143-144).

Sin embargo, no debe pensarse que el autor es condescendiente con la actuación del capitán general y las autoridades españolas. A pesar de que Weyler conocía perfectamente las enormes dificultades para abastecer a la población reconcentrada, en octubre de 1896 decretó la reconcentración en Pinar del Río y en enero de 1897 en La Habana y Matanzas, población esta última que acabó sufriendo de una manera brutal las horribles consecuencias de la falta de alimentos, alojamiento adecuado y cuidados médicos. Precisamente, en este capítulo se examinan con precisión también las enfermedades y problemas sanitarios que sufrieron tanto los dos ejércitos como la población civil.

El capítulo cinco está dedicado, en su mayor parte, a revisar con detenimiento la diversidad de prácticas llevadas a cabo por ambos ejércitos en su lucha fratricida que, al final, supusieron un empeoramiento de las condiciones de vida de la población, en su mayoría rural, y no sólo de los reconcentrados. Habla de la quema de cosechas y matanzas de ganado con el único objetivo de debilitar al contrario, sin tener en cuenta las necesidades de la población. Destaca igualmente los abusos y prácticas ilícitas que también se dieron con frecuencia en el contexto de la guerra, como la especulación, la ocultación de alimentos con el

fin de incrementar su precio en el mercado, o los sobornos a los oficiales para saltarse determinadas normas, lo que demuestra que, desgraciadamente, en la guerra todo vale. Sin embargo, una vez más nos recuerda el autor que la historiografía ha sido pertinaz al querer achacar estos problemas únicamente al ejército español y a Weyler en particular. Como él mismo reconoce: «La guerra económica, la hambruna, las migraciones y la desaparición de los límites entre combatientes y civiles son las características básicas de la estrategia militar que ya los contemporáneos y más tarde los historiadores asociaron con Weyler. Pero todas ellas eran perfectamente identificables ya antes de que el militar desembarcara en La Habana, aunque es cierto que fue bajo el mando de Weyler cuando alcanzaron un alto grado de intensidad y calidad. Así, las órdenes de reubicación provocaron una aceleración de la espiral de la violencia en las provincias occidentales» (p. 187). En un sentido similar estuvo orientada la campaña de desprestigio que se llevó a cabo desde la prensa norteamericana contra el general español y que Stucki nos relata también en este capítulo.

El cese de Weyler como capitán general de Cuba y la arribada a la isla a finales de 1897 de su sustituto, Ramiro Blanco Erenas, que llegó con su paquete de reformas en el que se incluían tanto el fin de la política de reconcentración, como la autonomía para Cuba, enmarcan cronológicamente el inicio del capítulo seis. Precisamente, la posibilidad de adquirir la autonomía abrió nuevas brechas en muchos miembros del ELC que pidieron licencias o desertaron, lo que muestra la situación desesperada que para entonces sufrían. Situación muy similar para aquellos antiguos reconcentrados que ahora empezaban a volver a sus casas. Las medidas para proceder a la desconcentración estipulaban que regresasen únicamente aquellos que disponían de los recursos necesarios, al tiempo que deberían crearse juntas protectoras en las provincias para proteger a la población. Para estos reconcentrados “liberados”, como nos recuerda el autor, la situación no pasó a ser fácil, pues quedaron atrapados entre dos fuegos, en muchos casos el ELC les obligó a colaborar y a sembrar para ellos (p. 289). En este capítulo se analizan en distintos acápites tanto la situación de los reconcentrados, como el fin de la reconcentración en las diferentes provincias desde que Blanco emitió su bando.

El capítulo siete está dedicado a examinar el papel de los Estados Unidos en el último año de guerra, desde sus primeros envíos de ayuda para los reconcentrados, organizados por los cónsules norteamericanos con el apoyo de la iglesia católica, pasando por el estallido de su acorazado *Maine*, para finalizar en la intervención militar directa. Como nos muestra Stucki, el sufrimiento y la miseria volvieron a cebarse sobre la población civil y en particular sobre los que aún estaban reconcentrados a pesar de que habían empezado a ver mejorada su situación tras las medidas decretadas por Blanco. El desabastecimiento volvía a afectar por igual al ejército español y al ELC en los últimos meses de guerra.

Precisamente el ELC, con la firma en Washington el 12 de agosto de 1898 del Protocolo de Paz, vio aún más agravada su situación. A ojos de la opinión pública norteamericana, la imagen de revolucionarios y «admirables luchadores por la autodeterminación e independencia de la decadente potencia colonial» fue quedando poco a poco atrás y pasaron a ser vistos como «salvajes desorganizados e incapaces de gobernarse a sí mismos» (p. 319), lo que llevó al presidente McKinley a rechazar reconocer al ejecutivo de la “República en Armas”. Además, los americanos desconfiaban de un ejército compuesto en buena medida

por afrocubanos. Todo ello ayuda a explicar que finalmente la paz fuera firmada a espaldas de los representantes cubanos.

El libro termina con un epílogo en el que Stucki nos recuerda la escasa atención que se prestó a la reconcentración tras el fin de la guerra, a pesar de que sus efectos aún se dejarían sentir sobre varias generaciones de cubanos. A este silencio contribuyó el peso que la comunidad española de la isla jugó a partir de entonces. Curiosamente, aquellos a los que se había combatido para expulsarlos del poder siguieron ejerciendo influencia después de la independencia en muchos sectores de la vida cotidiana y ello con el beneplácito de las autoridades interventoras norteamericanas que, a partir de la firma de la paz, pasaron a dirigir los destinos de Cuba por un largo periodo, unas veces directamente y la mayor parte del tiempo desde las sombras.

Ya hace algunos años, Enrique de Miguel comentaba en su tesis doctoral, *Azcárraga-Weyler y la conducción de la guerra de Cuba*, que «las responsabilidades que pueden achacarse a Weyler sobre la población civil no combatiente deben ser investigadas con más profundidad que hasta ahora y sin apasionamiento».<sup>1</sup> En nuestra opinión, el libro de Andreas Stucki supone una nueva mirada desapasionada en ese sentido. Bienvenido sea pues.

---

<sup>1</sup> Enrique DE MIGUEL FERNÁNDEZ: *Azcárraga-Weyler y la conducción de la guerra de Cuba*, Tesis doctoral recogida en TESEO, Universtat Jaume I, Castellón, 2008, p. 218.